

PERNANDO AMEZQUETARRA

POR LEANDRO DE ARALUCE .

Amézqueta, es un pueblo de pastores. Situado en las estribaciones de la Sierra de Aralar, es muy montuoso, de grandes pendientes que alejan la posibilidad de vivir de la agricultura, pero que en cambio presenta hermosos pastizales para la cría de toda clase de ganado.

La carretera de Tolosa termina allí, porque la inmensa mole de Aralar le imposibilita de seguir adelante. Antiguamente se explotaron en gran escala minas que ya por el año 880 antes de la venida de Cristo ardían con tal ímpetu que el intenso calor producido por los hornos en que se fraguaba el mineral, penetró hasta las entrañas de la tierra, corriendo grandes arroyos de plata finísima.

Indudablemente los romanos conocieron estas minas que contribuían a abastecer las muchas ferrerías que había en Guipuzcoa, algunas de las cuales se surtían también de la vena que se importaba de Somorrostro, en el Señorío de Vizcaya.

No solamente minas de fierro, cobre, etc., se han prodigado en esta región. También el oro se ha explotado, y el resultado negativo, a pesar de las promesas halagüeñas, ha sido óbice para que nuestros mineros continúen alimentando la ilusión del ensueño de hacer verdadera fortuna.

Para nuestro tema hemos elegido otra tesis que encabeza el título del artículo. Pero antes de entrar de lleno en ello, solamente haremos mención de un Juan de Amézqueta, que llegó a ser embajador del rey de Inglaterra cerca de Don Juan II de Castilla en 1430, según refiere el historiador guipuzcoano Garibay y otro Juan de Amézqueta, secretario de Felipe II.

El personaje que predomina en nuestra mente para la composición de este artículo, es un tipo chirene, arrote, gracioso y honrado que inmortalizó sus dichos, sentencias y hechos que le acreditaron de una inteligencia privilegiada del base-ri aldeano.

No había fiesta casera donde no era invitado para regocijo de los comensales. Era de todos y para todos. Alternaba con altos y bajos, con la educación propia de una persona distinguida. Pulcro en el vestir, medurado en el hablar, de profunda sabiduría que le valía el calificativo de pensador.

Además era «bersolari» y con frecuencia alternaba en competiciones, que si no le hicieron acreedor de maestro, sí le granjeaba la simpatía del pueblo.

Ni que decir tiene que con gran frecuencia se sentaba en la mesa del párroco de la aldea que celebraba sus fiestas patronales, para alegrar la sobremesa con

su fácil y graciosa palabra. Nadie le conocía por su apellido, sino por el apelativo de su pueblo natal, con el sufijo *tarr* que indica naturaleza. Fernando, mejor dicho Pernando, pues debido a su condición de *euzkeldun* puro, no podía pronunciar la F, inexistente en el habla de la lengua vasca, siempre añadía a su nombre de pila, el de *Amezketarra*; es decir, el natural de *Amezqueta*, pueblo donde vio la luz.

Ya cuando los años se le acumularon, solía ir acompañado a las fiestas, con su hijo, no de la talla de su padre. Más bien apocado y tímido que le servía de frecuentes reprimendas patriarcales.

Cuéntase que una vez fue convidado por el párroco de un pueblecito cercano a Tolosa. Muy de mañana, salió temprano de su natal *Amezqueta*, pues, como buen andarín, le gustaba hacer el viaje a pie, por ser más económico e higiénico, aunque lo que no va en lágrimas va en suspiros, pues al contemplar, al final de la faena, sus abarcas destrozadas por el caminar, no tenía más remedio que desembolsar, al adquirirlas nuevas, más importe que el precio del viaje en vehículo.

Como de costumbre salió acompañado de su hijo y en su largo caminar hacia el lugar de la fiesta, iba pensando la manera de que su hijo también fuese admitido en el consabido *ágape*, que nunca falta en toda fiesta o *fiestecilla*, pues la invitación sólo rezaba para él.

Dejó para el momento preciso lo que debía hacer y sin más quebraderos de cabeza, aceleró su marcha para llegar a tiempo y no hacerse esperar.

Celebrose la fiesta religiosa, el consabido *aurreku* de anteiglesia y los primeros bailes matutinos, precursores de los que a la tarde se celebraban con mayor ansiedad. Llegó la hora de dirigirse a la casa rectoral y al llegar a ella, dejó a su hijo en el portal, con la orden de que no acudiese al piso hasta que fuese llamado por él.

Después de los consabidos saludos de rigor con el párroco y demás invitados, se sentaron todos alrededor de la bien servida mesa, con el apetito y deseo de satisfacer holgadamente la necesidad de comer.

Como es de rigor en casa de todo buen cristiano, primeramente, todos descubiertos, se dispusieron a la bendición de la mesa. El párroco para hacer honor al insigne huésped Pernando, le invitó a dirigir la plegaria de salutación que se ofrece a Dios, por el placer de la comida. Ni corto ni perezoso, nuestro Pernando *Amezketarra*, dio principio con la señal de la cruz, a la oración, diciendo:

—En el nombre del Padre y del Espíritu Santo...

—¿Cómo, preguntó sorprendido, nuestro buen sacerdote, has olvidado al Hijo? ¿Dónde le has dejado?

—En el portal se ha quedado, le respondió rápidamente Pernando, ahora mismo le llamo. Y sin más, dando un grito a su hijo que atento estaba a su llamada, le invitó a subir y sentarse a la mesa, quedando de esta graciosa manera, sumado al *ágape*.

Ni que decir tiene que el comentario de la comida, fue la sutil salida de que se valió nuestro personaje, para que su hijo no faltase a la comida.